

Apenas nadie, apenas nada

Antonio Gómez Rufo

Una mota de polvo se escapó por la ventana y se unió, en el haz de luz del sol que descendía desde la cumbre del rascacielos, a otros muchos millones de motas de polvo huidas de hogares sin sol. Las motas, las virutas, las insignificancias del mundo ascienden al cielo porque en la tierra ya no es posible vivir.

Julián M. era algo menos que la escoria de la sociedad, algo menos que la basura del mundo. Había llegado a rebuscar en los cubos de desperdicios algún objeto residual que le distrajera, y no para comerlo o usarlo sino porque, como él mismo decía cuando Tina P. se lo reprochaba, para él era algo así como ir de escaparates. Julián M. sabía que era menos que nada, que a fin de cuentas la nada no ocupa lugar y él no sólo lo ocupaba sino que, además, estorbaba. La nada no es molesta, solía decir, y yo soy más incordiante que una piedra en un ojo.

Julián M. era un presuntuoso.

Al final de la década de los ochenta Julián M. trabajaba de contable en la multinacional Friends & Devils Co., en el departamento comercial, división balances, sección cuentas. Se limitaba a sumar en un ordenador insensible y apático cifras y más cifras sin conseguir, en casi cuatro años, una sola palabra amable ni de sus jefes, ni de sus compañeros, ni tan siquiera del ordenador. Cuando aquella tarde se fue la luz de la planta y el ordenador quedó ciego, hizo un gran descubrimiento: aquel aparato de ojo cuadrado y verde, en el que se había mirado durante cuatro años, era igual vivo que muerto. Como los hombres, como todo. Había perdido cuatro años de su vida enfrentándose con un enemigo que carecía de la más mínima trascendencia vital.

No lo pensó más de cuatro segundos, uno por año trabajado. Tomó la pantalla con sus manos, la arrancó del soporte y la lanzó por la ventana rompiendo la cristalera con estrépito. Agarró su gabardina del perchero, vociferó un ¡Buenas tardes! que causó aún más perplejidad entre sus compañeros de oficina y bajó andando los siete pisos hasta la calle, por la que desapareció sin dejar ningún rastro.

Desde entonces Julián M. vivió del aire, alimentándose de polución, contaminación y ruido. Y de los trozos de queso que Tina P. le llevaba cada tarde a la esquina de la avenida del Brasil con el bulevar de San Justo. Era menos que nada, un pingajo, una náusea, pero andaba diciendo, a quien quería escucharlo, que era feliz.

Una mota de polvo se quedó prendada de Julián M. al verle pasar, displicente y cansino, junto al lago menor del parque del Retiro, en Madrid. Tuvo miedo a posar su intrascendencia en el hombro de aquella náusea paseante y revoloteó a su alrededor dudando si su inexistencia cambiaría de sentido si decidía unir su vida a la de un hombre sin sueños. Aprovechando una ráfaga de brisa, apenas el aleteo de un cisne, rozó su brazo, se sintió a gusto y se quedó a vivir allí. La mota había ascendido al cielo, había huido de la tierra, había traspasado las onduladas trashumancias del viento. Sólo junto a un hombre, junto a aquel hombre, creía poder vivir.

Las motas de polvo, todas ellas, necesitan encontrar un sentido a su dudosa existencia. No hace mucho se lo confesaba a través de la segunda cadena de televisión una mota de familia bien que vivía en la rendija menor del radar de control de la central espacial de Robledo de Chavela a otra mota a la que la vida no la había tratado bien, y miraba la televisión desde el taburete de un bar sórdido y cochambroso del final de las Ramblas, en Barcelona.

Julián M. no se dio cuenta de la compañía que llevaba en el brazo desde hacía varias horas. Estaba anocheciendo, cayendo el sol por detrás del perfil del Madrid de los Austrias. Aquella tarde Julián M. no se sentía bien y ni siquiera había ido a buscar el queso de manos de Tina P. Quería estar solo, huérfano de palabras, de miradas, de roces y de alientos. Quería vivirse a sí mismo, en recogimiento, para contarse las pulsaciones, notarse los corrimientos intestinales y mirarse el fluir de las sangres por las entrañas. La soledad es un sentimiento, no una situación. La soledad es la última opción del ser humano ante sí mismo y ante los demás.

Qué pena que, sin pensar los motivos, sin buscar las razones, se tapara los ojos con la mano izquierda y con la derecha, empuñando una navaja, descargara un golpe mortal al aire para abrir ante él la cortina imaginaria de la vida para poder adentrarse a través de ella en un mundo totalmente distinto, diferente y nuevo. Qué lástima que, al descargar el brazo inconsciente, encontrara en su trayectoria a un joven ausente y, por efecto de la tragedia, le abriera en canal desde la garganta al ombligo. El joven sólo tuvo tiempo para mirar, desorbitar los ojos y caer en un charco de sangre del que le sacó, dos horas después, el juez de guardia una vez certificada su defunción.

La mota de polvo lo vio todo, sin salir de su asombro, y pensó por un instante en la manera de no caer por el impulso que tomó su dueño en el golpe. Después, por instinto de supervivencia, se despegó del asesino que había escogido como amo y, en un salto medido, calculado, se subió al sombrero de ala corta del juez de guardia mientras redactaba el atestado. ¡Qué cobarde es el amor y qué pequeño el cariño! La inexistencia huye de la náusea cuando el mundo no es una metáfora de la felicidad. Ruin pasión la que no se hace sombra de la ruina. Motas de polvo sin ansia. Gotas de lluvia en el mar.

Julián M. pasó en los tres meses siguientes dos informes sanitarios, tres interrogatorios exhaustivos, once citaciones innecesarias, un proceso absurdo y dos comparencias ante nadie. Nadie, nada, innecesaria, inexistente, insignificancia, absurdo, insuficiencia, nadie, nada y vuelta a empezar. El sol no ha salido desde entonces, sigue lloviendo, y las motas de polvo no saben a dónde ir. Si salen a la calle, corren el peligro de ser derribadas por una gota de agua y verse arrastradas hasta más allá de la intemperie.

Cuando murió Tina P., sus restos fueron hundidos en la fosa común. Allí se encontró con viejos conocidos, casi todos amamantados por ella a base de queso y comprensión. Julián M. tardó en llegar más de dos décadas, un instante en la eternidad, y al principio le costó reconocerle. Fue poco después, más o menos siete años, cuando se le acercó por la espalda, tocó suavemente el pilar de motas de polvo que se derrumbaron al instante y le preguntó que tal le iba por allí. Tina P., al principio, tuvo la sensación de que se trataba de otro buitre voraz que pretendía unas relaciones sexuales fáciles aprovechando la oscuridad y la intimidad, pero pronto lo reconoció por su aspecto de nada y por los restos de polvo que se esparcían entre las calaveras y los otros huesos aun sin horadar.

No se puede decir que le produjese alegría verlo, pero tampoco desagrado. En el imperio de los nadie, su visión no le produjo nada.

Se removió la tierra justo en el momento en el que iban a empezar a hablar. Una tierra asesina que se abrió, se transmutó y se transformó descomponiéndolo todo, trastocándolo, hiriendo y matando. Y sobre Tina P., cercana ya a Julián M., cayó un cuerpo recién muerto, como una mole, como un obús, revolviendo los polvos, alterando el orden, subvirtiendo la calma, deshaciendo aún más la nada de los nadie. Un muerto inoportuno, un recién llegado, un impertinente que acabó para siempre con el reencuentro de dos inexistentes.

Nadie, nada, inexistencia... y vuelta a empezar.

Julián M. fue internado en la prisión setenta y dos horas después de que aquel joven le impidiera abrir las cortinas de la vida para adentrarse en un mundo mejor. Tuvo un juicio largo, sin que ni unos ni otros se pusiesen de acuerdo sobre las causas, motivaciones, razones y orígenes de aquel comportamiento absurdo e irracional, sobre todo teniendo en cuenta los informes de normalidad dictados por los especialistas que habían examinado al procesado. Julián M. pretendió explicar varias veces, sin éxito, su voluntad de aquella tarde, la teoría de la cortina y el mundo diferente. Delante de cada hombre, decía, hay una barrera que le impide hacer lo que desea, o le impele a hacer lo que no desea. Si rompiésemos la cortina, la barrera, podríamos ser libres. Yo sólo quería libertad, concluyó, y me di de bruces con una barrera disfrazada de joven que lo impidió. La teoría cerraba su círculo expositivo cuando Julián M. aseguraba que él no había matado a nadie, que aquel joven no existía, que era sólo una ficción, una metáfora, una plasmación de las nuevas generaciones que impiden con su agresividad, preparación y empuje la libertad de los demás.

El proceso continuó como si las afirmaciones de Julián M. fueran tosidos, quejidos y bostezos. A una metáfora no se le puede asesinar, aunque las metáforas asesinen por su carencia de elocuencia.

El cadáver del joven nunca fue identificado. En su atuendo no se encontró documentación alguna, ni nadie reclamó su cuerpo. Las huellas dactilares del muerto no pudieron ser referidas por el gabinete policial encargado y su personalidad quedó como una incógnita que jamás fue despejada. Tras permanecer cuarenta y ocho horas en el Instituto Anatómico Forense, sin que nadie supiera dar explicación alguna, el cuerpo del joven desapareció, entre las cinco y las seis de la madrugada, según pudo calcular el vigilante de la morgue, y nunca más se supo de él, por mucho que se investigó. El cuerpo del delito, literalmente, no existía. La defensa de Julián M. lo tuvo tan fácil que el juez no supo cómo condenar por meras declaraciones testimoniales que hablaban del homicidio de una nada, del asesinato de nadie.

Conclusa la causa, la sentencia leve de Julián M. fue acogida con escepticismo por todos, incluido el propio procesado. Sin embargo, los tres años de presidio cumplidos le hicieron sentir que los trozos de la libertad no componen un puzzle de libertad, sino de ansiedad. La vida es espesa en cuanto terminan los aplausos.

Una mota de polvo es el peso más insoportable del mundo si quien la ama descubre que le es infiel.

La última tarde que Julián M. vio a Tina P., ésta tenía las manos crispadas, el cuello encogido y los ojos semicerrados. En sus pupilas se reflejaba un brillo rojo, una brizna, casi nada. Tal vez fuera una mota de polvo. Pero era roja, roja muerte, roja seca, roja sangre. Como un presagio, como una víspera, como un anuncio inminente. Aquella noche moriría entre espasmos, arcadas, vómitos de sangre y defecaciones negras y sanguinolentas de las entrañas podridas, derritiéndose como la última ruina de la miseria de un cuerpo descompuesto. El queso que le entregó a Julián M. sabía a fosa común, a gusanos voraces, a maderas mohosas entremezcladas con herrumbres de metal del azadón despiadado y mellado del sepulturero más ausente de la plantilla municipal. Era el último trozo de queso que pudo probar Julián M. Desde aquel día, sólo pensar en queso le producía vértigos.

Deambuló por las calles de veinte ciudades. Huyó de Madrid, de Sevilla, de Barcelona, de Lyon, de París y de Amsterdam, y sólo al final, cuando supo que iba a morir, volvió al sur, cerca del cementerio en el que descomponía su cuerpo Tina P., y se tendió junto a las tapias del lado oeste, para facilitar la labor. Se dejó caer cerca de la fosa común, como un jefe indio, a esperar la muerte. Y cuando llegó a buscarle, la saludó con una sonrisa, le indicó su sitio y cerró los ojos, dejó de respirar y sintió un vahído final entre diez mil nubes de hielo frío, confortables, tranquilizadoras. Murió Julián M. en brazos de la nada, como había vivido, sin saber que una mota de polvo, acurrucada en los pliegues de su camisa, lloraba amargamente en la despedida.

Y sin embargo, era sólo el principio.

La historia de Julián M. empezó muchos años atrás, en la populosa barriada del Cerro de los Ángeles, en Madrid. Hijo de un empleado de Correos y de una buena mujer que parió seis criaturas en las horas libres en que no fregaba escaleras, Julián M. terminó de hijo único por efectos de la tuberculosis, las venéreas y otras manifestaciones primarias de la miseria. Su padre no llegó a jubilarse porque un enfisema pulmonar lo asfixió una noche de febrero, y su madre se murió sin avisar una tarde de agosto de un año bisiesto. A los diecisiete años, Julián M. estaba en el mundo sin explicarse muy bien la ruleta de la vida, en la que el único premiado -perdonado- había sido él. Se fue a cumplir con la patria el servicio militar y a la vuelta se asentó en la ciudad trabajando en un taller de ebanistería, como aprendiz, mientras por las tardes estudiaba cálculo mercantil en la academia Ripollés. Nunca tuvo casa, ni coche, ni más prendas personales que las que le cabían en una maleta de lona con la que se trasladaba de pensión en pensión. Cuando llegó a trabajar en la Friends & Devils Co., por recomendación de un don nadie que le conocía de un banco de la Plaza de Olavide, en donde chupaban juntos el sol de media tarde, su vida pareció que tenía ansias de cambiar. Pero Julián M., despegado de los demás tanto como los demás se despegaban de él, sólo tenía un poco de cariño, apenas nada, para Tina P., a la que conoció fregando escaleras y, por recordarle a su madre, tuvo la fuerza de voluntad de entablar conversación con ella una o dos veces al mes.

Y entonces empezaron a aparecer en su vida las motas de polvo que le recordaron la importancia de las cosas pequeñas frente a la valoración que se da a las enormidades. Aparecieron un día, apelonadas en un rayo de sol, y se pasó mucho tiempo observándolas, sin comprender su existencia, dudando incluso de ellas, pero asombrándose de su vuelo incesante, de su abundancia, y, a pesar de ello, de su independencia. Por muchas que fueran las que revoloteaban en el rayo de sol, nunca chocaban, nunca se pegaban las unas a las otras, ni siquiera se miraban.

Eran como las personas, agrupadas e inquietas, pero sin dirigirse la palabra ni mostrar, entre ellas, el menor interés. ¿Cuál era la diferencia entre las motas de polvo y el gentío de una plaza céntrica a las cinco de la tarde? La diferencia era que las motas eran pequeñas, modestas, silenciosas, estaban indefensas y no tenían ambiciones. Tampoco eran competitivas, no tenían que luchar para vivir, aplastando a quienes las rodeaban.

Le costó trabajo coger una mota de polvo, ponérsela en el hombro y conservarla allí para que viviera con él. Nunca supo si la mota lo había abandonado, pero vivió feliz suponiendo que no. De hecho la amaba, y jamás reparó en la posibilidad de que ya no estuviese allí. Siempre le guardaba su sitio, siempre tenía una palabra amable para ella. Por eso, cuando la mota de polvo lloró por él a su muerte, algo le hizo pensar desde el mundo olvidado de la fosa común que aún se podía conservar la esperanza sobre la tierra.

¿Recuerda Julián M. el ángulo que forman la soledad y la miseria? ¿Y la longitud de la tragedia? ¿O el peso de una lágrima? ¿Y el volumen de un suspiro? ¿Quién lo recuerda?

¿Acaso recuerda que él no escogió la mota de polvo, sino que fue la mota quien lo eligió a él?

La mota de polvo que había llorado desconsoladamente la muerte de Julián M. había muerto muchas otras veces ya. La última vez en las playas de la isla de Satán, cobijada en el sudor de la camiseta de un hombre infeliz como una tortuga que había intentado fugarse de la prisión central de San Leopoldo de Alpandere. Ahora, en las tinieblas del cementerio, preparándose para su próxima muerte, una más, recuerda su propia historia como la historia de unas ruinas que ni siquiera pueden distinguir la miseria de la intrascendencia.

Una mota de polvo. Apenas nadie; apenas nada. Y, sin embargo, parecida a ese ser humano, a esa persona anónima e insignificante, a ese Julián M., que una tarde se tendió ante el cementerio, preparado para morir, y nunca supo, en su muerte, que a nadie importa que los Julián M., como las motas de polvo, mueran o no.

Yo conozco una historia alegre, un cuento de felicidad eterna, de alborozos y fiestas, de humor, pero también es una metáfora en medio de una conversación imposible entre la nada y la ausencia. Un día en que no ocurra nada la podré contar...

Tal vez un día.

Enero, 1988